

EL VI SALON ANUAL

(VISTO POR UN PROFANO)

Doscientas veinticuatro obras, que pertenecen a ciento treinta firmas, se exponen este año en el Salón del Retiro. Ni por el número de firmas ni por el de las obras expuestas podemos quejarnos. Esto revelaría, al contrario de lo que se afirma diariamente, que las manifestaciones artísticas cuentan entre nosotros con ambiente propicio... ¿como explicar, sinó, tanta concurrencia de firmas y de obras?

Pero conviene no apresurarnos. Nuestro público, el público distinguido se entiende (la gran masa que trabaja, más para otros que para ella misma, no tiene tiempo ni costumbre de visitar exposiciones; a nuestros artistas no les preocupa, por otra parte, ser conocidos del pueblo a quien desprecian por pereza de comprenderlo), visita indistintamente todas las exposiciones y su retina indiferente pasa de uno a otro objeto con la resignación de quien cumple un deber impuesto por la moda. No tiene preferencias. Asiste con la misma indiferencia a una exposición de arte, como a una audición de Beethoven o a una conferencia de Ortega y Gasset; como asistiría mañana a los mataderos públicos si la moda así lo quisiera; pero nunca se decide por nada; la decisión implica convencimiento y éste, un esfuerzo mental previo de que ese público es incapaz. Por eso se mantiene neutro: como aquel libre pensador que lo era precisamente para no tomarse el trabajo de pensar. (En nuestros grandes teatros

solo aplaude la gente de tertulias arriba: el que aplaude corre el riesgo de equivocarse; además, es tan poco distinguido!)

A ese público—que determina los valores del arte en el mercado—está dedicada la exposición. Así se comprende su mediocridad: cuadros hay que no exponen en realidad más que una firma *bien* a la consideración de las amistades. Es tan distinguido ser artista!

Recorriendo las salas de la Exposición se nos ocurre pensar que la comisión encargada de aceptar las obras ha olvidado que el arte no es solamente distracción de desocupados o medio de satisfacer inconfesados apetitos. El arte tiene la misión de hacer a la humanidad mas buena, haciéndola sensible a las emociones bellas. Por eso tienen razón quienes exigen del arte un objetivo social. Y se nos ocurre esto al ver tanta pintura que no dice nada, en que no se vé otra preocupación que la de pintar; son cosas que se detienen en la retina sin llegarnos nunca al alma.

Decíame con mucha razón un amigo que nuestros pintores, lo más que tienen es retina: penetra, en efecto, en su campo visual el color, la forma; pero nada más que como entidades abstractas. Casi ninguno nos da la sensación del movimiento y, sobre todo, el sentido más o menos oculto que anima a todas las cosas. Diríase que nuestros artistas no sienten ninguna emoción ante los motivos que inspiran sus obras.

En artistas educados casi todos en el impresionismo, como es el caso nuestro, solo a falta de estudio puede atribuirse ese descuido por el alma de las cosas. La línea solo tiene interés por la emoción que nos sugiere: vale, pues, como medio para expresar algo inmaterial.

La filosofía, el arte, la literatura, todo tiende cada vez á una mayor espiritualidad, á traducir cuanto tienen de más íntimo las cosas. Nuestra inteligencia no concibe hoy a la materia desprovista de todo atributo, y ésta nuestra manera de ver concuerda en absoluto con la biología.

Debemos creer que no piensa así la mayoría de los expositores á juzgar por sus obras. Lo contrario revelaría impotencia para traducir estados anímicos, que es lo más probable.

Es presencia de una mujer nuestro espíritu busca de adivinar el alma de esa mujer antes que la perfección de sus líneas. Si decimos de ella que es hermosa o que es fea nos habremos equivocado: no es lo uno ni lo otro si miramos bien; lo más seguro es que participe de ambos atributos. Pero estamos en lo cierto cuando afirmamos que es voluptuosa o angelical, nerviosa o apática, dulce o desabrida. Esa misma riqueza de nuestro léxico para expresar los estados anímicos, revela que son estos los que más nos interesan y en los que procuramos ser más precisos.

Pues bién: nada de eso nos ocurre con la mayoría de los retratos que se exhiben. Su presencia no nos provoca, como debiera, esta pregunta: ¿que es? sinó esta otra: ¿quién es? Es claro que esto último agrada más a las niñas que miran a través de los impertinentes.

Esta falta de emotividad que anotamos se observa aun en las mejores telas: «Mujer de Chioggia» y «Una flor y un botón» de Héctor Nava, «Su visita» de Raúl Mazza y «Retrato» de Jorge Bermudez, en primer término; y, enseguida, «Retrato» de López Naguil y el «Retrato» que exhibe en la primera sala la Sra. Ana Weiss: artistas que poseen una segura técnica pero cuyas figuras se hieratizan al pasar a las telas. Aún cuando inferior técnicamente a las citadas «Las señoritas» de Gastón Jarry, merece colocarse en primera línea por el esfuerzo que su labor representa.

Faltan en esa Exposición Fernando Fader, que expone sus admirables telas en el salón Müller y Cesáreo Bernaldo de Quiróz. Los mejores huyen, tal vez acobardados por la avalancha de mediocridades, o se presentan relativamente, como es el caso de Bermudez.

De los nuevos, ninguno se destaca: la Srta. Emilia Bertolé expone un pastel que en nada desmerece los elogios que el año pasado le ha dedicado la crítica y por primera vez se presenta la Srta. Zulema Barcons, adolescente aún, con un autorretrato que revela una gran seguridad de técnica y un temperamento fuerte: su cuadro vale más por lo mucho que promete; el Sr. González Smithurst, expone un estudio para un retrato que representa un serio ensayo.

Hay más emotividad en los que cultivan el paisaje. Bien es cierto que lo contrario constituiría la mayor de las irreverencias. Esa misma predilección por copiar á la naturaleza, revela en sus cultores un alma más sensible a las emociones hondas. Pero se equivoca la mayor parte de los paisajistas que se exhiben en el salón del Retiro cuando se limitan a reproducir, fríamente, de acuerdo con los cánones académicos, un pedazo de naturaleza creyendo hacer así realismo puro.

El realismo, toma a las cosas envueltas en su ambiente, formando parte de él. Para un pintor realista, realmente realista, no existe el árbol, por ejemplo, como una abstracción, sino un árbol animado de vida interior, envuelto en una densa capa de aire y luz...

Pero nosotros vamos más lejos aún. Exijimos del paisajista que nos comunique la emoción que su alma ha sentido al unirse al alma de la naturaleza.

Las cosas solo valen para nosotros como medios para ir descubriendo en nuestro espíritu estados emocionales latentes. Cuando un objeto interesa a nuestra retina, la sensación originaria se traduce en una emoción determinada; la emoción pasa entonces a ocupar el primer plano y la cosa que la ha dado origen se relega a un plano secundario... Perdidos en un desierto, experimenta nuestro espíritu algo así como un temor trágicamente supersticioso al sentirse gravitar sobre sí mismo en medio del silencio cósmico: os hallais en frente de una emoción pura, todo lo demás desaparece; en realidad sólo estais viendo

vuestra propia emoción. Cerrais los ojos y seguís viendo dentro de vosotros vuestra emoción... El verdadero artista es aquel que nos comunica la emoción de las cosas y no las cosas mismas.

Desgraciadamente, exceptuando a dos o tres, Walter de Navazio y Octavio Pinto, en primer término, los demás autores han optado por lo más fácil.

...Abandonamos el Salón. La tarde ha cerrado completamente. Nos sentamos en un banco de la Plaza San Martín oculto entre unos pocos árboles que se han salvado del hacha municipal. Las sombras acrecen, y sentimos a los árboles recojerse religiosamente. Las estrellas en el cielo entonan una berceuse silenciosa... Podeis dormir sin inquietudes, árboles, arrullados por la canción de las estrellas: la buena madre luna vigila vuestro sueño.

Nos levantamos para encaminarnos a nuestra casa y sentimos al árbol y a la estrella que nos dicen cosas inefables. Hermano árbol, hermana estrella!... Tenía razón el divino poeta de Asís: todas las cosas tienen alma. Lo que acabamos de ver en el Salón del Retiro es mentira!

S. SCHEIMBERG

